

## LETRAS NACIONALES NACIDAS EN VIENTRE DE LEONA

### LITERATURA Y NACIÓN EN ARGENTINA Y URUGUAY, 1910-1930

PATRICIA FUNES\*

#### I. Introducción

Como dice José Portolés, ninguna nación tiene ADN; eso sería llevar el tropo demasiado lejos.<sup>(1)</sup> La metaforización es el recurso más frecuente en las explicaciones de la nación y la obsesión genetista, una de las más seductoras: las naciones "nacen", se "despiertan" como bellas durmientes, (casi nunca mueren, pero suelen estar "enfermas"). Habría que adjudicar la seducción de la metáfora (sobre todo la antropomórfica) más a la incapacidad de los instrumentos categoriales que a la precisión supuesta del recurso literario mencionado. Sin embargo, éste suele tener muchísimo éxito y estar muy arraigado en el sentido común. Si de metáforas se trata, hemos elegido un problema comparado ligado a las historias de la literatura a ambos lados del Plata en la segunda y tercera década de este siglo.

Es un lugar común expresar perplejidades y dudas al intentar definir la nación y también es de rigor advertir con cautela (casi con culpa por la asignatura pendiente) sobre la provisionalidad e incompletud del estado teórico llamando a una urgente clarificación terminológica.<sup>(2)</sup> Pero las naciones existen desde determinado momento en la historia y, además, sobreviven (y, en casos, con obstinadísimo vigor). Esa elemental y contundente realidad lleva a plantear también, la perentoria búsqueda de explicaciones. "La nación es prosa de monsieur Jourdain y enigma de la esfinge. Ante la dificultad, las teorías de la nación no se ponen de acuerdo y parecen hallarse ante *una evidencia que deslumbra, una certidumbre que se evapora*".<sup>(3)</sup>

---

\* Profesora Asociada, Carrera de Sociología e Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Como dice Gil Delannoï: "no se capta el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias. Así, en la nación hay una parte de estética que escapa a la teoría, pero también una parte de teoría que escapa a la estética".<sup>(4)</sup> Y agregaríamos, la difícil dimensión analítica de la sensibilidad, que, creemos también (y en gran medida), explica la pertenencia nacional.

En la modernidad, es en el espacio de la nación en el que se desarrollaron las fuerzas sociales, las económicas, la producción cultural, las diversidades regionales, los conflictos sociales, étnicos, religiosos. Al mismo tiempo, son esas fuerzas las que construyen y recrean lo nacional en una reciprocidad compleja y no lineal. Sin embargo no es fácil asir la historicidad de las naciones. Visiones cristalizadas por la educación, la historia, el sentido común, parecen clausurar su temporalidad. Pareciera entonces, que han existido por siempre y que jamás dejarán de existir. Es que, en parte, el esfuerzo de ingeniería política que supone la creación de "comunidades imaginadas" reside precisamente en elaborar rotundas e intemporales imágenes de autorreconocimiento que permanezcan más o menos indemnes ante el vertiginoso cambio inherente a las sociedades modernas.

La revitalización del problema de las nacionalidades, el nacionalismo y la configuración de nuevos estados en los últimos años ha generado una producción copiosa desde distintas miradas disciplinarias. En los campos de la ciencia política, la economía, la sociología, la antropología, las relaciones internacionales, la historia, la filosofía e, incluso, la crítica literaria, el problema de la definición de la nación se ha constituido en un tema central. Las complejas relaciones entre nación y globalización, que trascienden este trabajo, lejos de abandonar el consagrado tema, lo desvelan con mayor elocuencia.

No es nuestro objetivo aquí el desarrollar las anteriores y muy generales reflexiones. El objetivo del presente trabajo es explorar de qué manera se problematizó la nación en clave comparada Argentina-Uruguay en la segunda y tercera década de este siglo, momento pautado por el clima revisionista y celebratorio de los "centenarios". Y para ello hemos elegido entrar oblicuamente en el problema, revisándolo desde las historias de la literatura.

La inquisición acerca del carácter nacional tomó un gran impulso en la segunda y tercera década de este siglo. Podrían aducirse muchas razones para explicar esta urgencia que se registra en toda América Latina. Quizás no sea menor la influencia de la Gran Guerra (una guerra de naciones y nacionalismos) que refractaba en nuestros países erosionando patrones fundantes del pensamiento liberal decimonónico, entre los cuales el binomio "civilización-barbarie" no era poco relevante. Las formas que adquiere esta revisión son múltiples, pero atañen en gran medida al genérico mundo de "las letras", campo que paralelamente se redefine en términos de disciplinas y recortes de objeto. Así, la "historia", la "sociología", la "literatura", pugnan por recortar objetos y pertinencias específicas y parte de esa especificidad como disciplinas también se dirime en torno al tópico nacional. Mucho se ha hablado acerca de la relación estrecha entre el idioma,<sup>(5)</sup> la

literatura y la construcción de naciones. Aquellas líneas de interpretación que enfatizan los fenómenos comunicacionales en el proceso formativo de las mismas,<sup>(6)</sup> subrayan la inquietud de los intelectuales acerca de la existencia de una lengua y una literatura nacional como atributos demostrativos de la existencia de una “personalidad nacional”. Y esa búsqueda de respuestas lleva a plasmar los intentos de datar un origen, pautar periodizaciones, antecedentes y características de esa literatura nacional, en lo que tiene de común y diferente respecto de otras.<sup>(7)</sup> Surgen así, esas narraciones metaliterarias que son las historias de la literatura. Pretendemos, entonces, echar una somera mirada en paralelo sobre las historias de la literatura en Argentina y Uruguay ya que, en el marco temporal de este trabajo, aparecen tanto la preocupación antes mencionada cuanto una producción pionera que la acompaña. Por otra parte, si las naciones, al decir de Hobsbawm, son obras muy complejas de “ingeniería social”, consideramos que parte de esa arquitectura objetiva en el terreno de las subjetividades (y valga el oxímoron) a través de materiales simbólicos.

Del conjunto de opciones elegimos comparar las obras de Alberto Zum Felde y Ricardo Rojas. Fundamentamos esa elección por la común preocupación que anima a ambos autores a revisar las tradiciones intelectuales de sus respectivos países. Por otra parte, aun cuando sus producciones y sus itinerarios intelectuales diverjan ostensiblemente, creemos que hay intereses comunes, una tradición intelectual que trasciende a ambos y a sus países de origen y que es también común. Nos referimos a sus obras “sociológicas” que acompañan y complementan la reflexión sobre la literatura. Por otra parte, tanto la *Historia de la Literatura* de Rojas, cuanto *El proceso intelectual del Uruguay* de Zum Felde, son consideradas por propios y extraños, obras fundacionales y ambos autores escriben al calor de los Centenarios y como parte de esa revisión.<sup>(8)</sup> La contemporaneidad de las obras, agrega un elemento adicional, que nos anima al análisis comparativo. Otro tanto ocurre con el carácter mismo de las obras, sobre todo la intersección que en ellas se advierte entre un conjunto de saberes que están en pleno proceso de reelaboración de sus propias fronteras.

## II. “Un estado de inventario nacional”.<sup>(9)</sup>

### La construcción de los precursores

Es interesante advertir el doble movimiento que se experimenta en el imperio genérico de las “letras”: por un lado, el compendio y el relevamiento y, por otro, la hermenéutica en términos de “lo nacional”. Un movimiento que no carece de tensiones, que sintetizan muchas veces en la cómoda y generosa forma del “ensayo”, aun cuando la pretensión de la legitimidad de los saberes (nos referimos, por ejemplo, a la escrupulosidad de la construcción y organización de los datos, en los términos de la época del carácter “científico” de las apreciaciones) esté presente.

Por eso es frecuente encontrar la explicitación del campo del saber, precisamente por lo débil de las codificaciones. Por ejemplo, Ricardo Rojas advierte en el prólogo a *Blasón de Plata*:

"No sé si es éste un libro de moral, o de historia, o de política, y a ellas pedí su documentación, por cierto escrupulosa. ...Por otra parte, no he buscado componer una obra doctrinaria, o conceptual, o didáctica, sino un libro de pura emoción..."<sup>(10)</sup>

En el mismo registro y aun cuando se trataba de "institucionalizar" las letras argentinas a través de la creación de la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la bibliografía de apoyatura de la misma, su *Historia de la Literatura Argentina*, lleva como subtítulo *Ensayo Filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*.<sup>(11)</sup> Otro tanto ocurre con Zum Felde, quien en su obra *Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional*,<sup>(12)</sup> en una sintonía algo más positivista fundamenta:

"Al intentar este Ensayo, no nos mueven, pues, pruritos históricos ni científicos. Hombres de acción en el sentido más vasto de la frase, buscamos ante todo lo que es una necesidad imperiosa para el desenvolvimiento futuro de esta nación: la conciencia de sí misma. Buscamos...: conocer la propia nacionalidad, no por la fisonomía exterior de los hechos y su ordenación cronológica, sino por la íntima y fundamental naturaleza donde radica el determinismo de su historia, en el plano de las causas y de las leyes que rigen su desarrollo".<sup>(13)</sup>

En la continuación de esta obra, específicamente ligada a la reconstrucción del devenir intelectual,<sup>(14)</sup> el autor insiste en el fin didáctico y civil de su obra y el objetivo de "la afirmación de nuestra existencia intelectual, en cuanto país". Este trabajo está organizado considerando la producción literaria como un fenómeno en el que se cruzan el nivel sociológico, histórico, estético y psicológico.

La línea divisoria entre la "crítica literaria", la incipiente y exitosa "sociología", la historia, la literatura y la política se vuelve borrosa aun cuando se asista a un embrionario proceso de diferenciación. No nos es posible desplegar en este trabajo un tema que apenas si dejaremos en el nivel enunciativo pero que es parte del horizonte de problemas del momento: la definición de un nuevo rol de intelectuales, que en general acompaña las fundamentaciones del por qué de la aparición de este tipo de productos. Y, en esta búsqueda acerca del rol de los intelectuales, subyace un núcleo típico de la modernidad, que en el terreno de "las letras", genéricamente considerado, pugna por separar campos que antes estaban unidos o, mejor, indiferenciados. Las "letras, que habían sido un anexo de la actividad del universitario o del político, se constituyen en especializaciones autónomas, dentro de las precarias condiciones del momento".<sup>(15)</sup>

En esa dinámica no exenta de contradicciones, ambos autores presentan el objetivo que los lleva a escribirlas. Si aún el muy cosmopolita Borges en los años

veinte escribía “mi argumento de hoy es la patria: lo que hay en ella de presente, de pasado y de venidero”,<sup>(16)</sup> nuestros autores, no le van en saga:

“Es necesario que las generaciones nuevas del país empiecen a formar conciencia clara de la entidad a que pertenecen ..., por el conocimiento positivo de los caracteres que presenta su desarrollo a través del tiempo, de los factores que han determinado los fenómenos propios de su historia, y de las leyes intrínsecas que presiden su desenvolvimiento. Un concepto sociológico de nuestra nacionalidad es necesario para que sepamos **quiénes somos y a dónde vamos**. Tal es el fin civil y didáctico de este Proceso”.<sup>(17)</sup>

El historicismo de Rojas, lo lleva a retomar la frase de Sarmiento para entroncar en ella su reflexión:

“¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello. Casi un cuarto de siglo va corrido desde que el maestro lanzó su formidable interrogación, sin que ningún argentino se adelantase a contestarla. Este libro aspira a ser esa respuesta que tardaba en llegar...

Habla, pues este, en sus páginas ...la conciencia del país”.<sup>(18)</sup>

Una interrogación conceptual y metodológica, hoy y para los propios autores, es cómo era definida la nación. Y en ambos, cierto determinismo biologista es parte de la gramática en la que se inscribía esa definición, pero con distintos énfasis:

“Una nación es un determinado organismo social, limitado en el tiempo y en el espacio, que vive y evoluciona en determinadas condiciones geográficas, étnicas, políticas y morales”.<sup>(19)</sup>

“[La nación] contiene la emoción del paisaje, el amor al pueblo natal, el hogar y la tumba de la familia. Une a sus habitantes una lengua o una tradición común. El patriotismo ejercítase así ... por la creación de nuevas obras ..., por la solidaridad con todas las comarcas del territorio común, por la devoción a los intereses colectivos, cuyo órgano principal es el Estado, todo lo cual constituye el *civismo*”.<sup>(20)</sup>

“Si es una ley biológica de los seres vivientes adaptarse a su medio para vivir, y armarse en su cuerpo y en su medio para subsistir, análoga ley promulga la naturaleza de las naciones —verdaderos seres sobreorgánicos y conscientes que se adaptan al medio, se nutren, piensan y a veces ponen en peligro su vida—”.<sup>(21)</sup>

En esta conceptualización de la nación, la metáfora organicista está presente, es decir, una visión en términos de “comunidad”, más que de “sociedad”. Sin embargo en Rojas hay un intento de revisar y superar esas interpretaciones raciológico-lebonianas tan frecuentes entre sus predecesores de comienzos de siglo.<sup>(22)</sup> La operación es doble: por un lado, reforzar el carácter espiritual del “alma nacional” y, por otro, recolocar al civismo, como patrón virtualmente inclusivo, por encima de las fatales composiciones raciales de la nación. Por su parte, si bien Zum Felde también apela a la metáfora organicista, creemos que en su caso los residuos

positivistas son aun más retóricos que en el caso de Rojas, más producto de cierto lenguaje consagrado que de una interpretación cerradamente biológica. El comparar ambos climas de ideas a comienzos de siglo, nos lleva a aventurar, a manera de hipótesis muy provisoria, una diferencia relevante entre Argentina y Uruguay: lo que consideramos, en este último, una presencia más atenuada del positivismo en su versión más antropométrica y biologista.<sup>(23)</sup> Siguiendo en el terreno de las hipótesis (casi de las intuiciones) consideramos que esta ausencia se podría explicar por la temprana impronta de las corrientes espiritualistas, suerte de idealismo humanizante de matriz bergsoniana y renanaña, que a través de la obra de Rodó tuvieron una importante circulación. Pero por otra parte, siguiendo una proposición que desplegáramos en un trabajo anterior sobre el clima de ideas de comienzos de siglo,<sup>(24)</sup> la aparición de interpretaciones racistas y biologistas en muchos países de América Latina obedeció más que a obvias influencias del pensamiento europeo a prestar elementos de legitimación al orden oligárquico y resolver (planteando una inherente y genética incapacidad a las mayorías sociales, o bien “raciales”, para el ejercicio de la ciudadanía política), las inclusiones y, sobre todo las exclusiones. Como partimos del presupuesto de la inexistencia de Estado oligárquico en el Uruguay,<sup>(25)</sup> no nos es difícil colegir, siguiendo esta línea de razonamiento, que la ausencia de esta literatura eugenésica está estrechamente relacionada con lo innecesario de estos discursos en una sociedad en la que el patrón liberal es constitutivo como —creemos— en ningún otro caso en América Latina, de la idea, la legitimación y la reproducción de la nación.<sup>(26)</sup> En el caso argentino, suscribimos a la idea de Terán cuando analiza el planteo del socialista José Ingenieros respecto de la construcción de la nación argentina, con tres problemas entrecruzados: el aluvión inmigratorio, la acción obrera y la primacía de la problemática urbana: “En este registro, la nación se constituye como una máquina necesariamente autoritaria que integra a condición de segregar, es decir, cuya funcionalidad se juega en la capacidad de discriminar entre el disenso legítimo y los núcleos percibidos como definitivamente inasimilables”.<sup>(27)</sup>

En cualquier caso, volviendo a los significados de la nación para ambos autores, aun cuando Rojas se esfuerce por incorporar el elemento liberal a su interpretación, el grueso de su obra de los años veinte se dirige a descifrar (y construir) en un registro esencialista una idea de la nación argentina más cercana a la tradición del *volksgeist* que a la liberal francesa. Esta concepción liberal, en cambio, está muy presente en Zum Felde, sobre todo en las consideraciones entre lo literario y lo político a lo que más adelante nos referiremos.

Con esta voluntad de repensar el fenómeno nacional, ambos autores consideran que el relevamiento y la historización de las tradiciones intelectuales de sus países tiene un carácter fundante, un origen que viene a completar un vacío de reflexión, o la corrección de saberes asistemáticos, tarea que emprenden desde una actitud que reivindican como “científica”. En síntesis, el incipiente proceso de codificación disciplinaria fue marcando el perímetro de unos saberes hasta enton-

ces sin abolengo. Acto explícitamente fundacional que —también— definió retrospectivamente los alcances de las humanidades previas bajo el imperio del “autodidactismo”, el diletantismo, o —como le gusta a Bourdieu— la “doxosofía”.<sup>(28)</sup> Esta paulatina autonomización, especificidad y diferenciación de las disciplinas supuso relevar y compendiar, elegir métodos y construir objetos, diseñar estrategias de difusión. Al definir esas fronteras, de dilatadísima vigencia, se traza una línea respecto del “afuera” que excluye determinados conocimientos por pre-científicos (muy respetuosamente en el caso de la tradición precedente) o (menos respetuosamente, a veces) por no-científicos.

“El estudio de la literatura argentina, omitido hasta entonces en el programa de nuestras universidades, es una asignatura cuya fundación se hacía necesario para completar el conocimiento de nuestra formación nacional.

Forma visible y perdurable de esas corrientes secretas que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo, son los monumentos de su literatura; y puesto que nosotros los poseemos, era anomalía no estudiarlos en la universidad, donde se forman las clases dirigentes de la nación”.<sup>(29)</sup>

En la *Crítica de la Literatura Uruguaya*, Zum Felde lo plantea en parecidos términos:

“Este estudio implica ...una completa revisión de los valores literarios circulantes en el país. No habiéndose ejercido anteriormente esta crítica científica respecto de nuestra literatura, lamentables errores de concepto confundían el juicio dominante; por lo cual... Hemos tenido que realizar un trabajo de discernimiento y ordenación fundamentales”.<sup>(30)</sup>

La densidad con que abordan la teorización del fenómeno intelectual es desigual en la producción de ambos autores en los años veinte. No olvidemos que Rojas es más un escritor que un crítico, aun cuando en sus obras de los años veinte haya planteado criterios fundantes de ordenamiento literario, actividad que abandonará luego del golpe de 1930, ingresando a la política partidaria y ejerciendo su oficio de escritor. Zum Felde, en cambio, comparte su tarea de periodista,<sup>(31)</sup> con otros emprendimientos culturales (tales como la dirección de la revista *La Pluma*), abocándose posteriormente a profundizar su actividad como crítico literario.

La actividad de Rojas desde los años diez, se dirige a diseñar toda una filosofía de la argentinidad que aborda los más variados tópicos —desde la educación hasta los espacios públicos— obra que conforma una unidad que va desde *Blasón de Plata* hasta su plan estético plasmado en *Eurindia*. Rojas es, quizás como Zorrilla, un hombre del “largo siglo XIX”, un humanista que aun cuando intente y hasta consiga recortar objetos de incumbencia, pretende abordar los más diversos saberes en el ámbito de la cultura, Zum Felde, en cambio, es un intelectual ya instalado en las coordenadas modernizadoras del siglo XX.

Rojas, entonces, necesita precisar los alcances del hecho literario y no podía menos que saldar un tema que consideraba central: el idioma,<sup>(32)</sup> elemento compartido con el resto de los países americanos, pero sobre todo, parte de la herencia española. El segundo será el territorio y el tercero la historia política. Nótese con qué largueza y a partir de qué fundamentaciones lo tematiza:

“Definir la extensión de nuestro dominio literario dentro de los vastos dominios internacionales del idioma patrio, tendrá que ser una de las cuestiones que plantee y resuelva la historia crítica de nuestra literatura”.<sup>(33)</sup>

“Una segunda cuestión se ofrece a nuestro paso, y es el valor que debemos reconocer al territorio argentino en la definición de lo nacional de nuestra literatura y el que debemos reconocer a nuestra historia política con respecto a nuestra cronología literaria”.<sup>(34)</sup>

“En el siglo XVIII eran argentinos el Uruguay, el Paraguay, el sur de Bolivia. La historia ha dejado en la literatura de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, muchos indicios de que todos estos pueblos —la Argentina y sus limítrofes— constituyen una sola y futura nación. De ello ha nacido mi *panargirismo*”.<sup>(35)</sup>

Así, para el escritor tucumano-santiaguense la argentinidad es una síntesis “en la conciencia colectiva del país, por la cenestesia de su territorio y de su estado (cuerpo de la nación) y por la memoria de su pueblo (alma de la nación) ...*Pertenece, pues a la literatura argentina, todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, o que han servido para vigorizar ese núcleo*”.<sup>(36)</sup>

Zum Felde, en cambio, no cree necesario entrar en esas precisiones (o en esa controversia). No recorta la “uruguayidad” ni la “orientalidad”. Retrospectivamente considera mayoritariamente “literatura uruguaya”, aquellas producciones de quienes han nacido en el actual territorio del Uruguay. Sin embargo, tampoco puede evadirse de una condición que, en última instancia, remite a razones tan gaseosas y difíciles de asir conceptualmente, como “compartir los rasgos propios de la nacionalidad”. Esto se hace más notable en *El Proceso* respecto de la obra de 1919, ya que la ampliación temporal de una con respecto a otra (*El Proceso* se retrotrae a la colonia) lleva a incorporar a Bartolomé Hidalgo como poeta “uruguayo” o bien decir que Petrona Rosende de la Sierra que fue la “primera poetiza uruguaya” (no tenemos el dato preciso pero estamos casi seguros de que sus poesías fueron escritas antes de la declaración de la Independencia).

Además de las distintas densidades y móviles entre ambos autores, no es difícil encontrar una explícita aclaración de Zum Felde respecto de su discordancia frente a los criterios selectivos y valorativos de la reconstrucción de Rojas, poniendo de relieve la distancia que media entre “viejas y nuevas generaciones”, entre “crítica” y “evolución”, entre ruptura y continuidad. En un número de *Nosotros* lo expone sin ambages:

“Mejor es reconocer esta verdad [carencia de lírica en el Uruguay del S. XIX] que llenar, a título de patriotismo, páginas de antología mediocre. El deber de nuestra

generación, es no aceptar como herencia nada que no pueda ponerse dignamente al lado de la producción mundial... Erróneo nos puede parecer el criterio nacionalista de tan sesudos críticos como Rojas, el argentino, al querer dar valía ante el juicio contemporáneo a poetastros tan enfáticos como Olegario Andrade... Toda la poesía romántica argentina debe ser borrada del libro de la posteridad".<sup>(37)</sup>

Nótese, sin embargo, que al comparar su obra de 1919 con la de 1930 se advierte una gran diferencia respecto de la inclusión (mucho más generosa en esta última, ampliada temporalmente hasta 1930, como es obvio, pero —menos obvio— también ampliada significativamente hacia el pasado colonial) de autores y obras que el mismo crítico considera sin méritos estéticos. Pensamos que esto puede tener que ver con el antecedente de la *Historia* de Rojas<sup>(38)</sup> (cuya "generosidad" es omnímoda y sus criterios mucho menos estéticos que filosóficos o, mejor, ideológicos). Pero también aventuramos que es el clima político del Centenario el que estimula los catálogos, los inventarios, las genealogías, los registros, los homenajes. De allí que no nos parezca sorprendente, aun cuando esté en tensión con la propia idea crítica de Zum, la inclusión de los "primeros clérigos-intelectuales del convento de San Bernardino" o la poesía gauchesca, que están ausentes en 1919.

Otras diferencias entre ambos autores, son de organización histórica sobre todo en lo que hace a los siempre elocuentes criterios de periodización. En el trabajo de 1919 Zum Felde reconoce tres épocas "el primer período durante la guerra Grande, el segundo durante el auge del Ateneo; allá por los años 1880 a 86, y el tercero, que denominaremos del Café Literario, en la primera década del siglo presente".<sup>(39)</sup> En cambio, en *Proceso*, como hemos señalado, amplía el marco temporal hacia el pasado y establece los siguientes mojones: 1) Del coloniaje al romanticismo (La formación colonial, el período romántico, la época del Ateneo); 2) La Generación del 900 (positivismo y modernismo) y 3) La Promoción del Centenario. Es claro que esta periodización intenta conjugar lo que él llama "el método cronológico" y el "genérico". El primero "tiene por sujeto la historia misma de la cultura, en su proceso evolutivo de formas, siendo las modalidades genéricas, sus manifestaciones concretas en el plano literario".<sup>(40)</sup> En esta estrategia fenomenológica la historia política es decididamente protagonista pero siempre deja un margen de autonomía (más o menos acusado, según las épocas) para la dinámica estética o "genérica", aunque sea para decir, en los extremos casi de la ausencia de autonomía que entre los hombres de letras ha predominado "el tipo cívico". Diferente es la estrategia de Rojas, quien periodiza decididamente con la historia política del país,<sup>(41)</sup> incluso uno de los cuatro tomos se llama, decididamente "los proscriptos". Sin embargo, ese ordenamiento cronológico, tan caro a los historiadores, no lo inhibe de cambiar "heréticamente" el orden de aparición de los volúmenes. No comienza con *Los coloniales* (aun cuando en su misma argumentación el tema de los orígenes sea crucial) sino con *Los gauchescos*. Las razones, son suficientemente fuertes para el autor, y obviamente tienen un carácter extraliterario. Hasta la *Historia*, "la existencia misma de una literatura argentina

—no, por supuesto, de libros escritos en la Argentina o por argentinos— debía ser probada. En verdad, se trataba de ‘afirmar y probar’ que una identidad nacional y una tradición literaria se abrían paso a través de los textos y para ello no era suficiente ni la mera existencia de estos, ni su ordenación cronológica. Por eso Rojas no comienza su *Historia de la literatura argentina* con ‘los coloniales’ sino con ‘los gauchescos’ ...que son la roca sobre la que se funda el desarrollo de ese documento de la conciencia colectiva: la literatura argentina”.<sup>(42)</sup>

### III. Los temas de la nación: sociedad, política y letras

Entre las “ficciones orientadoras” que forjan las autopercepciones de la nación, el tema de la composición étnica suele ser un infaltable paso explicativo. Mas aún en esta época en la que el esquema conceptual de Taine (raza, medio, momento), aunque con cierta crítica y aun recusado por los propios autores, es una matriz que todavía sirve de interlocución. En ambos críticos está presente la preocupación sociológica de recrear en sus obras los —para entonces— no tan añejos mitos acerca de la composición étnica de sus sociedades, lo que de alguna manera, refuerza la intención de su reproducción. Con énfasis diferentes y con resultados también diversos, la operación simbólica por excelencia es la de presentar una nación étnicamente homogénea. Este es un dispositivo “clásico” en los relatos nacionales, sobre todo en la atmósfera de principios de siglo, pero no solamente. Ya señalamos el carácter fundante de estas obras y su peso en la construcción de la tradición. Estas imágenes quedaron fuertemente cristalizadas, reproducidas y divulgadas básicamente por medio de la exoeducación. Es decir, imágenes muy arraigadas que, recién en este fin de siglo comienzan a ser revisadas. Como bien señala Caetano, en esa articulación entre el “afuera” y el “adentro” en que se ha procesado la memoria colectiva para el caso uruguayo, unas notas importantes que hacen al “imaginario integrador” son la excepcionalidad, el cosmopolitismo, la inexistencia de cultura indígena, el antiindigenismo militante, y la homogeneidad racial y lingüística.<sup>(43)</sup> Y es el Centenario un momento privilegiado para la elaboración y difusión de esos sentidos comunes. Otro tanto ocurre con la idea de crisol en Argentina, y fue la generación del Centenario quien contribuyó decididamente a instalarlo.

En el análisis de Zum Felde, la blanquitud es algo que se recorta sobre la inexistencia de elemento indígena en Uruguay. Para el director de *La Pluma*, los indígenas en suelo uruguayo en el momento de la conquista “forman tribus oscuras, sin civilización y sin historia” y “no aportan elemento alguno a la formación de la sociedad colonial”. Contundentemente, se desentiende del tema: “su historia, tras de sernos desconocida, no nos interesa”.<sup>(44)</sup> Esta percepción está claramente expuesta en las publicaciones oficiales de los Centenarios, en las que sospechosamente se recalca el relato “imparcial” y el riguroso ajuste a la “ver-

dad".<sup>(45)</sup> En una de ellas se afirma que es Uruguay "la única nación de América que puede hacer la afirmación categórica de que dentro de sus límites territoriales no contiene un sólo núcleo que recuerde su población aborigen. Los últimos charrúas desaparecieron como tribu ...en el rincón de Yacaré Cururú, en el año 1832 y desde aquel lejano entonces, casi una centuria, quedó la tierra uruguaya en posesión absoluta de la raza europea y sus descendientes".<sup>(46)</sup>

En otra publicación celebratoria, que toma como una de sus fuentes el libro antes citado, aparece la misma observación, y la citamos —quizás de manera algo redundante— ya que esos folletos están impresos en Madrid, en 1930.<sup>(47)</sup>

Del otro lado del Plata y en el contexto grandilocuente del Centenario, la imagen de la homogeneidad e, incluso de la blanquitud, aunque más atenuada está presente. De la copiosa producción alegórica del Centenario de 1810<sup>(48)</sup> (porque el festejo de 1916 fue muchísimo más austero) elegimos una mirada "de afuera", que no por ello deja de ser "oficial". Nos referimos al también libro-objeto que escribió Blasco Ibañez.<sup>(49)</sup> Con un estilo literario y casi coloquial, plantea la idea de la blanquitud: "Cuéntase que al visitar Buenos Aires un hombre político de los EEUU, que realizaba un viaje por las repúblicas de Sud América... [al llegar a Buenos Aires] paseó su mirada primero con curiosidad, luego con asombro...: —Y son todos blancos!" Después de hacer un relato sobre la ingenuidad y el exotismo del norteamericano, dice "mi asombro fue parecido al de ese personaje...".<sup>(50)</sup> Si bien el relato tiene como colofón la ausencia de negros<sup>(51)</sup> en el país, refuerza la idea de homogeneidad étnica: "La mayoría del pueblo argentino es actualmente de pura raza blanca o procedente del cruzamiento hispano-indio. Los argentinos son de origen europeo...".<sup>(52)</sup>

Diferente es la constelación a partir de la cual Rojas piensa la "argentinidad", ya que intenta reescribir la historia de sus antecesores del siglo XIX, abogando por una reivindicación del indianismo y salvando lo que considera un "doble extravío" en los orígenes argentinos: "por lo que tenía de americano, creyó necesario el antihispanismo y por lo que tenía de español, juzgó menester el antiindianismo. Pero un estudio más completo de la génesis patria comienza a rehabilitar al indígena que el europeísmo proscribiera de la historia, como rehabilitará al español que fue proscrito a su turno por la pasión revolucionaria".<sup>(53)</sup>

Entre crisoles, alambiques y matraces, este alquimista de la síntesis quiere llegar a la argentinidad por el camino de la reconciliación entre el pasado y el futuro, entre lo rural y lo urbano, entre lo singular y lo universal. De allí que exprese: "dentro de ese crisol, caben fundantes humanos que aceleran las nuevas formaciones. Para nosotros, como para todos los pueblos de América hispánica, esos fundantes han sido: *el indio*, común a todo el continente, y el *español*, creador de la primera estructura europea de las ciudades de América".<sup>(54)</sup> No es ocioso recordar que Rojas está construyendo hegelianamente un sistema filosófico, estético y educativo a partir del cual suturar la fragmentación producto, básicamente, de las pulsiones centrífugas de la modernización, entre las que el contingente inmigra-

torio, como ya se ha señalado, era uno de los más preocupantes. Rojas busca superar la contradicción "Civilización y Barbarie" proponiendo como alternativa el binomio "exotismo e indianismo". Así rescata lo "indiano" como elemento constitutivo de la nacionalidad frente al "exotismo" de una sociedad cosmopolita y diversa: "Bárbaros, para mí, son los 'extranjeros' del latino":

"Por eso yo diré en adelante: 'el *Exotismo* y el *Indianismo*', porque esta síntesis que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal, me explica la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual".<sup>(55)</sup>

Ese rescate de lo indiano, en un tono epopéyico, va recorriendo el relato de Rojas desde la conquista hasta la independencia. En cada momento el autor encuentra señales que cristalizan en el "mito-misterio" que se funde en la "tierra indiana". Esta exacerbación del elemento indígena en la constitución de la nacionalidad llevó a desconciertos, críticas y polémicas.<sup>(56)</sup>

Un núcleo siempre conflictivo para la asimilación (social o simbólica) en las sociedades latinoamericanas ha sido la inmigración forzada de origen africano. Es interesante en este punto advertir que, frente a las representaciones "oficiales"<sup>(57)</sup> que insisten en la absoluta "blanquitud" (y la asocian decididamente a la promesa de progreso), los autores que tratamos intentan, aun sublimadamente, incorporarlos como tema. Así, Zum Felde, afirma que el motivo negro puede ser exótico en la literatura francesa "pero aquí en el Plata es nativo, tan nativo como el indio y el gaucho. [El negro] se fusionó en nuestra formación histórica popular, llegando a ser por el profundo mestizaje, uno de los tres elementos principales, componentes de la masa étnica... Llenos están los fastos de la historia uruguaya de los hechos nobles de esta gente".<sup>(58)</sup> Para Rojas "los negros puros se cuentan como casos excepcionales" y su "sangre se halla hoy desvanecida". Pero, al igual que Zum Felde, rescata su contribución en las luchas políticas del siglo XIX, además de algunas sobrevivencias en "alguna superstición como la de *Mandinga*, alguna costumbre como el *candombe*, alguna palabra como *batuque*, alguna danza como el *tango*". Pero no dejan huellas en instituciones, costumbres o ideas. "La Argentina, como el Uruguay, que formó parte de ella, es uno de los países menos africanizados del continente".<sup>(59)</sup>

Una sección áurea de las argumentaciones de ambos autores es la consideración del gaucho como figura-emblema de continuidad y síntesis, más pensada en términos de saldar cuentas con el pasado que mirando hacia el futuro. Creemos que esta reivindicación del gaucho, es realizada muy cautamente, sin caer, como otros contemporáneos de la época, en una apoteosis melancólica y reaccionaria frente a la modernización. Sobre todo en Argentina, donde la tensión rural-urbano, va a ser un carril de discusión de aquellos que, sin renegar de los beneficios de la modernidad no se resignan a la pérdida de las certezas de una tradición que

construyen explícitamente. Por ejemplo Gálvez, necesita recurrir a la diferenciación entre "cultura" y "civilización", para salvar este tópico.<sup>(60)</sup> La ciudad es ruptura y corrupción, frente a las provincias del "interior" que son el último refugio de la argentinidad en estado puro.<sup>(61)</sup> Y en este punto, Rojas está de acuerdo con Gálvez.<sup>(62)</sup>

Así, *Martín Fierro*, legitimado y revalorizado, es entronizado como el poema más genuino de la argentinidad. Esta apropiación se realizó a partir de lecturas disímiles entre sí: la "helenística" y épica de Lugones, la "euríndica" de Rojas, "solar de la raza", para Gálvez, nominación para la vanguardia ultraísta. En la década del diez el poema de Hernández se coloca en el centro de la escena.<sup>(63)</sup> Recordemos, por otra parte que una problematización epocal en lo que a la literatura se refería y que sólo vamos a dejar señalada, es precisamente los alcances, límites y la definición del "criollismo", el "nativismo", el "telurismo".<sup>(64)</sup> Es decir, tanto el gaucho como tipo cuanto su objetivación estética es un centro de análisis.

Para Zum Felde, aunque el gaucho "tiende a desaparecer", sus características imprimen marcas indelebles en la identidad nacional: "pero no desaparece sin legar a la masa nacional sus caracteres más intrínsecos... Lo que caracteriza al tipo nacional, en medio y a pesar de las transformaciones sociales y del cosmopolitismo subsiguiente, es lo que tiene de gaucho. "El culto al coraje —cualidad esencialmente gaucha— es a la vez, la virtud y el vicio nacional por excelencia".<sup>(65)</sup>

Para Rojas "el gaucho señala por su originalidad, por su número, por su vigor y trascendencia histórica en las letras y la política argentinas, el evidente ensayo de una raza local.<sup>(66)</sup> "Pues la tónica de la *argentinidad* como tipo de raza psicológica estará determinada por el sentimiento del medio geográfico (o sea la virtud del indio); por el sentimiento del idioma castellano (o sea la virtud del castellano colonizador); y el sentimiento de la libertad individual, que fue una alianza entre el instinto salvaje del hombre primitivo y del conquistador en el desierto. Este último fue el rasgo típico épico del gaucho, y la base natural de nuestra democracia, anterior a toda doctrina. Tales caracteres parecen definir nuestra alma nacional...".<sup>(67)</sup>

El otro gran componente de la nacionalidad, en ambos casos, es el inmigratorio y aquí sí las aguas del análisis se bifurcarán a uno y otro lado del Plata. Positiva y "exitosa" la ponderación en Uruguay, contradictoria y conflictiva en Argentina. Por más que el tema es central para desentrañar el carácter nacional, haremos unas notas breves sobre el asunto ya que en las historias de los procesos intelectuales "argentinos" o "uruguayos" la "cuestión inmigrante", en el momento de recortar un "nosotros" de los "otros" no podía menos que resolverse sólo en términos de los temas, obviamente no de los autores. Un tópico en el que se cuele esta preocupación es el del "cosmopolitismo", que —en algún sentido— quiere decir, modernización de las sociedades, problema que cruza tanto el origen de la aparición de estas obras cuanto gran parte de su estructura. Por otra parte, en las obras más sociológicas el tema de la inmigración está presente.

En la reflexión de Zum Felde, se resalta el carácter asimilacionista de la sociedad uruguaya y la aclimatación no conflictiva de la inmigración:

“Los descendientes de la inmigración que no han llegado a la alta clase, y son, por supuesto, la mayoría, se confunden con el pueblo criollo, adquiriendo sus hábitos, su lenguaje, su aspecto. No hay casi diferencia entre el hijo del gringo y el hijo del criollo”.<sup>(68)</sup>

Esta “adaptación y fusión” es, para el autor, tanto “racial” cuanto “social” y lejos de comprometer en algún grado el desarrollo de la nacionalidad uruguaya, más bien viene a completarla. Y es precisamente el elemento gaucho, la garantía de la continuidad, el *sustratum* que permite sellarlo:

“El cruzamiento, adaptación y mezcla de ambos elementos, criollo y europeo, permite conservar en cierta manera el carácter nacional, en medio de las evoluciones económicas y las influencias cosmopolitas que van modificando el país y borrando la nacionalidad tradicional. ...El gaucho, que constituye el fondo de la nacionalidad durante el siglo XIX, ...al desaparecer, se disuelve en la masa, se transmite en herencias sutiles, que determinan las cualidades y aspectos distintivos del pueblo. ...La influencia gaucha del territorio prosigue ...conservando la unidad ética de la población, y la línea tradicional que la hace una sola entidad a través de la historia”.<sup>(69)</sup>

Si en Uruguay el “cosmopolitismo” no pone en duda el carácter nacional (lejos de ello, parte del imaginario del Uruguay batllista se monta sobre este carácter) en la Argentina del Centenario la palabra se carga de sentidos apocalípticos y babélicos. La inmigración, según muchas interpretaciones, produjo efectos no deseados respecto del algo ingenuo ideario de los liberales decimonónicos. Es que el año 1910 es la condensación de las contradicciones de la modernización argentina (mirada desde los sectores dominantes). Como Jano con dos caras: una, la de la “oda al ganado y las mieses” y, la otra, la de la bomba anarquista al jefe de policía. Inmigrante y maximalista tienden a ser una sola identidad y la palabra “disolvente” (con la fuerza expresiva de la que está impresa) un mote frecuente.<sup>(70)</sup> Lo que está detrás de esta consideración son los alcances de la inclusión. En el tablero político-social de los años diez las clases dirigentes, jaqueadas por peones y alfiles (un movimiento obrero anarquista y socialista que, en las ciudades es cada vez más visible y contestatario, y un radicalismo que —dejando de lado una estrategia que también era insurreccionalista— decide entrar en la arena política) apuestan a una salida político institucional que creen que podrán controlar. La llegada del radicalismo al poder, marcará otro escenario.

En ese contexto, para Rojas, inmigración y cosmopolitismo, son vistos de manera sospechosa y peligrosa. Si bien la cruzada antiinmigrante no tiene en Rojas a su representante más beligerante,<sup>(71)</sup> en los escritos de 1910 no ahorra sus precauciones:

"Hombres de Italia, renunciad a italianizarnos. Hombres de Francia, renunciad a galicanizarnos. Hombres de Alemania, renunciad a germanizarnos... Aprended todos, inmigrantes nostálgicos que recordáis a la patria lejana, cónsules que les defendés hasta creedes con privilegios... Aprended, mentores y soñadores de una fraternidad bárbara, de un cosmopolitismo regresivo, de un individuo absurdo —anarquistas, nihilistas, imperialistas, nietzscheanos— que va a quedar sordo para vuestra voz el aire de este ámbito matinal... Porque otro credo más noble, más firme, más justiciero... —más 'argentino'...— ha llegado. El triunfo del cosmopolitismo y del individualismo no puede ser sino un retardo para la civilización".<sup>(72)</sup>

Y es aquí en donde encontramos visiones polares en uno y otro autor. Si para Rojas, es el cosmopolitismo y el individualismo una regresión, lo es en tanto rompe con el organicismo de las sociedades tradicionales. Si lo que es recusada es la atomización de la comunidad, paso conceptual y filosófico previo a la conformación de la "sociedad", basada en el pacto entre "individuos", base del liberalismo político, no es difícil colegir con cuánta sospecha y temor es visto el camino que está tomando la sociedad argentina y su sistema político. De allí que no sea el concepto de ciudadanía política, lo que funda o reproduce la nación, sino unos rasgos previos, tradicionales, esencialistas, sobre los que la primera generación nacionalista argentina no cejará de insistir. Las diferencias entre uno y otro autor, y podría extenderse a un rango comparativo que trasciende los autores para ser expresivo de ambas sociedades, se revela diáfananamente en las causas a las que Zum Felde adjudica el éxito de la asimilación de la inmigración y de la integración nacional en su país:

"La continuación de los bandos tradicionales en la vida del país, hasta la época actual, tiene por resultado mantener la unidad nacional, entre el pasado gaucho y el presente cosmopolita... El Partido Colorado vincula al pasado tradicional la nueva masa de población ítalo-criolla; el Partido Blanco, hace lo propio con la población de procedencia hispana. De este modo la inmigración extranjera se incorpora a la vida histórica, asimilándose a su vez los sentimientos genuinamente nacionales".<sup>(73)</sup>

En este análisis aparece de manera diáfana un rasgo constitutivo del imaginario batllista, de la "utopía integradora": la nación asociada a la dialéctica política, centrada en la capacidad modeladora de los partidos políticos.<sup>(74)</sup> Esto marca una gran diferencia con respecto a la Argentina, sobre la que volveremos al final del trabajo, que es advertida en términos comparativos por el propio Zum Felde:

"Países de inmigración profusa como los de esta parte de América, se hallan expuestos a perder la unidad nacional y la conciencia histórica, si no hay una fuerza que vincule y asimile el aluvión cosmopolita a la vida nacional anterior... Tal como ha ocurrido de modo evidente en la República Argentina...".<sup>(75)</sup>

#### IV. Letras nacionales nacidas en vientre de leona.

##### Algunas notas finales para empezar a pensar

“Las letras nacionales han nacido en vientre de leona”.<sup>(76)</sup>

“Si la tradición se interrumpe, la memoria colectiva se pierde y la personalidad nacional se desvanece”.<sup>(77)</sup>

“Que si la historia es la lactancia de los pueblos, la lactancia materna es la continuación de la obra de la generación. Los historiadores son héroes también”.<sup>(78)</sup>

No hay poco de orfebrería ideológica en la construcción de las historias de la literatura que “persiguen la ilusión o tal vez el insensato intento de apresar en un cuerpo la ‘literatura’ [o, aún más audaz] imaginar dentro de un incunable la nación”.<sup>(79)</sup> Si es complejo asir el concepto de “literatura” (sobre lo cual no podemos ni queremos internarnos), más lo es el adjetivo “nacional”, problema sustantivo de estas notas. El carácter de “historias” es para nosotros un campo más tranquilizador, aunque no menos controversial. Y la perspectiva comparativa, decididamente, una “intención atrevida” sobre todo “de este lado” del Plata.<sup>(80)</sup>

Hemos dicho en otra ocasión que si tuviéramos que graficar al Estado, sería un perímetro. La nación (reproduciendo el mecanismo metafórico al que aludimos al principio, casi insoslayable cuando abordamos estos problemas) nos parece más un volumen. Y ese volumen está impreso de historicidad. Pensamos que en los años veinte de este siglo, el perímetro del Estado es algo ya establecido, fuera de discusión en sus notas constitutivas. El volumen de la nación, en cambio, su historicidad y —sobre todo— su espesor social, es aún objeto de pensamiento y de acción política. Sobre todo cuando se trata de pautar y establecer inclusiones y exclusiones, de marcar un “nosotros” en la sociedad y para el Estado (que no suele ser lo mismo). En ese diálogo-disputa, aparece el diferente peso de ese *plus* de legitimidad política que subyace a las distintas conceptualizaciones del asunto nacional.

Ya hemos hecho alusión a la común preocupación acerca de la nación en América Latina en la segunda y tercer década de este siglo.<sup>(81)</sup> Concomitantemente, la reflexión acerca del pasado intelectual y el *organum* literario, lejos de ser una excepción, se verifica en muchos casos.<sup>(82)</sup> Ese interés por compendiar, relevar y comprender el carácter “nacional” de la literatura se refuerza, en más de un caso, al calor de los festejos de los Centenarios, situación privilegiada para recapitulaciones semánticas. Así, con más o menos narcisismo solipsista, la conmemoración tiene dos interlocuciones: el “afuera” y los reflejos del afuera hacia adentro.<sup>(83)</sup>

Nuestros autores, por su parte, se ven animados (y a veces tensionados) por una doble actitud: por un lado, la heurística, la del catálogo y el repertorio y, por otro, el establecer orígenes, cronologías y criterios de selección. Se trataba, en síntesis de elaborar una “tradición”. Como dice Raymond Williams, “la ‘literatura nacional’ dejó muy pronto de ser historia para convertirse en tradición. No era, ni siquiera teóricamente, todo lo que se había escrito o todos los tipos de escritos. Era

una selección que culminó, definida de un modo circular, en los 'valores literarios' que estaban afirmando la 'crítica'. Haber sido inglés y haber escrito no significaba de ningún modo pertenecer a la 'tradición literaria inglesa'... La selectividad y autodefinición, que constituían los procesos evidentes de la 'crítica' de este tipo, eran proyectados no obstante como 'literatura', como 'valores literarios' y finalmente incluso como 'el carácter inglés esencial'".<sup>(84)</sup> En el caso de las literaturas latinoamericanas, a estos rasgos inherentes a la formación de la tradición se agregaban otras dificultades: la autoconciencia de la "juventud" de estos países y de estas culturas (Zum Felde y Rojas comienzan sus obras a partir de esta constatación), el obvio problema de la "imitación" o de las "influencias" del exterior y, sobre todo, la comunidad idiomática de América, lo que hacía más complejo el recorte de las personalidades nacionales entre los países de la región y, también, respecto de España y los críticos españoles. A nuestro juicio esto subrayó el carácter de *artefacto* cultural y, también el frecuente recurso de apelar a cuestiones extra-estéticas para recortar esos objetos. Destacamos este carácter "circular" de las argumentaciones: hay "nación" porque existe una tradición literaria "propia" y los criterios de selección de este *corpus* responden a aquella producción que "refleja" el espíritu nacional.<sup>(85)</sup> Finalmente, la explicación remite a cierta sustancia ontológica, el "espíritu nacional" y, por tanto, ahistórica. Y éste es un centro para poder develar teóricamente el problema de la nación: "Apenas ignoramos ya, en resumen, lo que la idea de nación puede tener de histórico, percibimos su intrínseca historicidad y, sin embargo... estamos aquí en presencia de una idea que, paradójicamente, se resiste a la puesta en evidencia de su dimensión histórica".<sup>(86)</sup> La nación como concepto, parece conjugar lo teórico y lo estético, la emoción y la razón, lo orgánico y lo artificial, lo individual y lo colectivo, lo étnico y lo cívico, lo particular y lo universal. Y las historias de las literaturas nacionales, otro tanto. Así, por ejemplo, la tensión entre lo universal y lo particular (tratándose de productos culturales cuya legitimidad estética también está pautada por una tradición genéricamente europea) atraviesa las preocupaciones tanto de Rojas como de Zum Felde a lo largo de sus trabajos, pero con diferente intensidad y contenido. Sin renegar de esas referencias (la crítica española o francesa, por caso), Rojas tiende todo el tiempo a subrayar lo particular, lo esencial, lo original de la literatura argentina, aun en desmedro de su valor estético. Zum Felde, en cambio, aun cuando en 1930 extienda su marco temporal hasta la colonia (operación que tensiona al máximo sus presupuestos conceptuales), es más respetuoso de lo que hoy llamaríamos las "reglas del campo" para, sin embargo, también reclamar originalidad pero, esta vez, en el concierto de la literatura universal.<sup>(87)</sup>

Algo sobre lo que queremos volver, y es parte de las coordenadas históricas de los autores, es que la tarea intelectual se carga de atributos ligados al tema de la legitimidad y el poder al tiempo que, en la tenaz defensa del espacio de las humanidades se evidencia una operación que Ramos denomina "dispositivo pedagógico",<sup>(88)</sup> en el que el campo de la cultura y el del orden tienden a enhebrarse y

corresponderse. La idea de crisis aparece como un objeto creado para legitimar el campo intelectual y el campo de la "cultura" (entendida como un territorio que es a la vez moral y estético) como su imperioso contrapeso. La división del trabajo intelectual es una de las formas que asume la modernización avalada por ese carácter normativo y disciplinario.<sup>(89)</sup>

En esa dirección, Rojas está más comprometido en una prédica casi misional para "restaurar" una argentinidad perdida, y no se ahorra un solo bronce para hacerlo. Y un buen ejemplo de contrapunto es su "pedagogía de las estatuas", respuesta a lo que considera una usurpación del espacio urbano por parte de los inmigrantes frente al europeísmo oficial de la ley de efemérides uruguayas de 1919.

En los intersticios de esas tensiones, la necesidad de pensar genealogías intelectuales y crear tradiciones literarias, tiene a nuestro juicio en los dos autores una arena común de preocupación. Y pensamos que es la relación entre nación-modernidad y crisis, una clave para entenderla. Un buen ejemplo de ello es la preocupación por la Universidad, lo que lleva a pensar en las élites dirigentes. Ya expuesta en Rojas, tampoco es ajena para Zum Felde que dedica un largo ensayo del tercer tomo del *Proceso* a analizar el estado de los estudios superiores. Y aquí el diagnóstico de "materialismo", "profesionalismo", "pragmatismo", "utilitarismo", son notas comunes a ambos lados del Plata. Para Zum Felde las causas hay que buscarlas en el contingente inmigratorio y su necesidad de ascender socialmente por la vía del "título" universitario y si bien esto resta capacidad humanística a la vida intelectual, no parece comprometer, por caso, más que un aspecto de la cultura nacional. Para Rojas, en cambio, como ya se ha dicho, compromete la propia continuidad como nación y es para conjurar esos fantasmas que escribe toda su obra.

Detrás de estas diferencias de estilo, personalidad y conceptualización están las distancias entre las dos sociedades para las que escriben, o mejor las relaciones entre sociedad y estado, y sus formas de articulación. Ya en los veinte se advierte la debilidad del sistema político argentino para incluir la sociedad. Si bien el radicalismo se presenta como un partido político moderno no vacila, en la práctica y en el discurso a representar casi sorelianamente "a la nación", pretensión hegemónica poco permeable a la incorporación del conflicto social (como se verá tanto en La Semana Trágica como en las huelgas Patagónicas del año 21) o a la diferencia. Otro tanto ocurre con los sectores genéricamente conservadores, pero sobre todo, con las corrientes ideológicas que decididamente recusarán el liberalismo y que están instaladas nítidamente en los años veinte. De allí que el objeto "nación" sea apropiado por tirios y troyanos como un lugar de reemplazo, de unión de los opuestos, frente a esa fragilidad para dirimir en la arena política el lazo social. Quien se apodera de los significados de la nación, se hace de una imprescindible legitimidad de reemplazo al orden liberal que da ostensibles muestras de erosión. Y este tironeo tiene, a nuestro juicio, su correlato en "la república de las letras". Por eso el *Martín Fierro* es emblema para Lugones y para la vanguardia ultraísta. Pensamos, muy provisoriamente y con las cautelas del caso, que en Argentina, a diferen-

cia de Uruguay la nación se procesa privilegiadamente en el campo de la sociedad y de la cultura, en Uruguay, en cambio, la nación es un asunto que se procesa entre la sociedad y el Estado, pero sobre todo en éste a través del sistema político. En Uruguay, ese objeto "nación" aun con sus complejidades, sigue montado en ese "pacto político renovable" a través de los partidos (considerando a éstos formadores de identidades más amplias que las clásicamente "políticas"), en la institucionalización, en la efectiva pre-visión de que la fórmula "un ciudadano-un voto", es capaz de absorber, reproducir y garantizar la cohesión social.

Nuestros autores, a su manera, expresan en la producción de sus discursos estos rasgos. Rojas, se esfuerza ampulosa y obsesivamente por echar mano a cualquier fórmula que suponga fortalecer el lazo social,<sup>(90)</sup> se aboca a buscar continuidades, contenciones, inclusiones, para intentar galvanizar una sociedad civil fuerte, conflictiva, crítica y, para él, fragmentada, que necesita, según su prescriptiva, del remanso de los héroes y las tradiciones. Zum Felde, en cambio, tiene más espacio para abordar las tradiciones intelectuales desde su propio campo, sin renunciar a la búsqueda de genealogías y filiaciones advierte, sin embargo, las dificultades y el desasosiego del ejercicio de la crítica "militante" (como él la llama sin algo de exageración) en una sociedad "de cercanías" y "amortiguadora".<sup>(91)</sup>

## NOTAS

(1) José Portolés, "Pervivencia de una metáfora decimonónica: la nación es una persona", en: *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, Madrid, Nº 26/27, invierno 1996, págs. 164-170.

(2) Véase, entre otros: Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, pág. 9. Ernest Gellner, *Naciones y Nacionalismo*, Madrid-Buenos Aires, Alianza, 1991, pág. 20. A. Renaut, "Lógicas de la nación", en: Delannoi-Taguieff (comps.), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 37. C. Jaffrelot, "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo", en: Delannoi y Taguieff, *Teorías del nacionalismo*, op. cit., pág. 203.

(3) G. Delannoi, "La teoría de la nación y sus ambivalencias"; en: G. Delannoi, G. y P. Taguieff (comps.), *Teorías del nacionalismo*, op. cit., pág. 9.

(4) G. Delannoi, *Idem*, págs. 9-10.

(5) Sobre los problemas del autorreconocimiento y la ruptura de las naciones latinoamericanas y España relacionados con el idioma en clave comparativa con el ámbito portugués, véase el excelente ensayo de Richard Morse, "El lenguaje en América", en: *Resonancias del Nuevo Mundo*, México, Vuelta, 1995, págs. 27-103.

(6) Entre ellos, una obra pionera y clásica es la de Karl Deutsch. Para este autor "los procesos de comunicación son el principio de la coherencia de las sociedades, de las culturas e, incluso de las personalidades individuales". De esta línea de interpretación es tributaria, por ejemplo, la obra de Benedict Anderson.

(7) Por supuesto, otro tanto ocurre con otra disciplina tanto más codificada para entonces, la historia. Asunto que, a pesar de ser más afín, no trataremos en este trabajo.

(8) Ricardo Rojas escribe *Blasón de Plata*, como ofrenda para el Centenario de la Revolución de Mayo, y *La Argentinidad*, en conmemoración del Centenario de la Independencia. Alberto Zum Felde escribe *Proceso Intelectual del Uruguay y Crítica de su literatura*, bajo los auspicios de la Comisión Nacional del Centenario.

(9) Esta frase pertenece al Informe del Dr. Enrique Delachaux quien al hacerse cargo de la cátedra de Geografía de la recién creada Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, afirma: "La República Argentina, en efecto, se encuentra actualmente en un período aún relativamente primitivo, en un estado de *inventario nacional* de su territorio y de sus recursos. La Argentina es un organismo joven... pero que recién incorporado en el concierto universal, necesita ante todo, tomar conocimiento de sí mismo". Enrique Delachaux, "Conclusiones del Profesor de Geografía Física", en: Lafón Quevedo, F. Berra, N. Piñero; E. Delachaux, "Índole y métodos de enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras", *RUBA*, año 1, t. II, Nº IX, Buenos Aires, noviembre 1904, pág. 396.

(10) Ricardo Rojas, *Blasón de Plata. Meditaciones sobre el abolengo de los argentinos*, Buenos Aires, Losada, 1954, tercera edición, pág. 11. Esta obra fue publicada originalmente por el diario *La Nación*, como ofrenda al Centenario. Fue reeditada por M. García en 1912, J. Roldán en 1922 y por Losada en 1941. Se cita la tercera edición, de Losada.

(11) La obra de Rojas salió editada por primera vez con el nombre de *Literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, Buenos Aires, La Facultad, 1917-1922. En la tercera edición llega a su título definitivo: *Historia de la Literatura argentina. Ensayo Filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, Buenos Aires, Losada, 1948. La primera edición salió publicada en cuatro tomos: "Los gauchescos" (1917); "Los coloniales" (1918); "Los proscritos" (1919) y "Los modernos" (1922). En este trabajo se cita la 4ª edición, en 9 tomos, de Editorial Guillermo Kraft de 1957.

(12) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional*, Montevideo, Maximiliano García, 1919.

(13) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay...*, págs. 6-7.

(14) Alberto Zum Felde, *Crítica de la literatura uruguaya*, Montevideo, Maximiliano García, 1921.

(15) Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Arca, 1994, pág. 40.

(16) Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seix Barral, 1993, pág. 14. (Primera edición: 1926)

(17) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay...*, op. cit., págs. 5-6.

(18) Ricardo Rojas, *Blasón...*, op. cit., págs. 10-11.

(19) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay...*, op. cit., pág. 7.

(20) Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Librería La Facultad, Juan Roldán y Cía, 1922, págs. 58-59.

(21) Ricardo Rojas, *La guerra de las naciones*, Buenos Aires, Librería La Facultad, Juan Roldán, 1924, págs. 130-131.

(22) No nos extenderemos en este aspecto que hemos tratado en Patricia Funes y Ansaldi, Waldo, "'Patologías y rechazos'. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana", en: *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, Nueva época, vol. 1, Nº 2, México, septiembre-diciembre 1994, págs. 193-229.

(23) Es decir, no conocemos en el Uruguay obras tales como *Nuestra América*, de Carlos Bunge, o *Pueblo Enfermo* de Alcides Arguedas, o las obras de César Zumeta o el primer Fernando Ortiz, por ejemplificar algunos diagnósticos sobre las patologías de las sociedades latinoamericanas tan comunes en la primera década de este siglo.

(24) Véase Patricia Funes y Waldo Ansaldi, "'Patologías y rechazos'...", op. cit.

(25) Sabemos que la existencia o no de un Estado oligárquico en Uruguay es objeto de controversias y polémicas. No es nuestra intención ingresar en ella sino sólo develar uno de los presupuestos comparativos de los que partimos.

(26) Esto ha sido resaltado en numerosas ocasiones por parte de los especialistas. Como dice Francisco Panizza, entre las construcciones narrativas que hacen posible a los pueblos forjarse una representación de la unidad (narrativa de los orígenes y de la continuidad), el liberalismo puede considerarse como la

gramática, para la sociedad uruguaya (discutiríamos lo propio en el caso de la cultura política argentina). Francisco Panizza, "El liberalismo y sus 'otros': la construcción del imaginario liberal en el Uruguay (1850-1930)", en: *Cuadernos del CLAEH*; 2da serie, año 14, N° 50, Montevideo, 1989/2, págs. 31-44.

(27) Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, págs. 65-66.

(28) Pierre Bourdieu, "Le champ scientifique"; *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 1976, 2-3, págs. 88-104.

(29) Ricardo Rojas, *Historia...*, op. cit., t. I, págs. 25-26.

(30) Alberto Zum Felde, *Crítica...*, op. cit., pág. 31. En un trabajo posterior, 1939, Zum Felde advertirá sobre la crítica literaria en Uruguay: "La verdadera crítica se ha cultivado muy poco, en cuanto ella significa severa disciplina del juicio y de labor sostenida... Existe una *Historia Crítica de la literatura Uruguaya* en siete tomos, escrita por don Carlos Roxlo, obra que, en verdad, no puede recomendarse, pues aparte de haber sido rellena en todos sus huecos con difusas digresiones sobre preceptiva retórica y sobre literatura universal... Su criterio mismo carece de ajuste y su prosa es casi siempre ampulosa y declamatoria". A. Zum Felde, *La literatura del Uruguay*, Instituto de Cultura Latino-americana, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1939, págs. 116-117.

(31) Entre 1919 y 1930 publicaba sus notas en *El Ideal*, vespertino del diario *El día*. A partir de ese año y después de una algo escandalosa denuncia de plagio abandona la crítica periodística, desarrollando posteriormente una profusa actividad como crítico literario.

(32) Siendo decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, crea el Instituto de Filología, y entre los considerandos de su creación refleja esta preocupación por el idioma: "La posición actual de la Argentina en América, su contacto con cuatro grandes familias de lenguas precolombianas, los alarmantes problemas del cosmopolitismo rioplatense en relación con el castellano y, sobre todo, el carácter rigurosamente científico de la filología en nuestro tiempo, estaban indicando a la Universidad... la necesidad de tomar parte en dichos estudios... *La filología argentina está por crearse...* Quiero decir que si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultivaba... debemos traerlos; y que si España ha formado una escuela filológica moderna... es lógico preferir un filólogo español, porque éste posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones". "Discurso del decano al inaugurar el Instituto de Filología", en: Ricardo Rojas, *Documentos del decanato*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1924, págs. 90-92. Las itálicas son nuestras.

(33) Ricardo Rojas, *Historia...*, op. cit., pág. 6.

(34) Idem, pág. 33.

(35) Idem, pág. 34.

(36) Idem, pág. 34.

(37) Alberto Zum Felde, "Noticia acerca de la poesía uruguaya contemporánea", en: *Nosotros*, año XIX, N° 192, marzo de 1925, pág. 6.

(38) Se refiere a Rojas en muchas oportunidades, modificando el fuerte juicio de 1925 al que hicimos referencia, como "la muy documentada y prolija *Historia de la literatura Argentina*".

(39) Alberto Zum Felde, *Crítica...*, op. cit., pág. 11.

(40) Alberto Zum Felde, *La literatura del Uruguay...*, op. cit., 1939, pág. 9.

(41) "Incluido el período colonial, nuestra historia literaria podría dividirse, para su exposición didáctica, en los siguientes períodos cronológicos, más o menos referidos a la historia política...

1° Los orígenes: desde las primeras ciudades (...) hasta la fundación de la enseñanza universitaria;

2° La iniciación: desde la fundación de la Universidad de Córdoba (...); hasta la expulsión de los jesuitas (1767);

3° La revolución: desde la expulsión de los jesuitas y las reformas virreinales (1776) hasta el ocaso de la generación de Mayo (1820);

4° La proscripción: desde los caudillos y Rosas (1820) hasta Caseros (1852);

5° La organización: desde la constituyente (1853) hasta el congreso de Belgrano (1880)...

6° La actualidad: desde la federalización de Buenos Aires hasta el triunfo de la burguesía cosmopolita".

R. Rojas, *Historia...*, Introducción, op. cit., págs. 37-38.

(42) Carlos Altamirano, "La fundación de la literatura argentina"; en: Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 115.

(43) Gerardo Caetano, "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario", en: Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.): *Identidad Uruguaya: ¿Mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992, págs. 75-91. Retomamos aquí, especialmente, págs. 86 y ss..

(44) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay...*, op. cit., pág. 11.

(45) Véase, por ejemplo, *El libro del Centenario del Uruguay. 25 de Agosto de 1925*, Montevideo, Agencia Publicidad Capurro y Compañía, 1925, pág. 6.

(46) Idem, pág. 6.

(47) "La raza indígena... ha desaparecido totalmente por haber sido exterminada al finalizar el primer tercio del siglo XIX. ...Puebla el Uruguay la raza blanca, en su totalidad de origen europeo. La raza indígena... Ya no existe, siendo el único país del continente que no cuenta en toda la extensión de su territorio tribus de indios, ni en estado salvaje ni en estado de domesticidad." B. Fernández y Medina y J. Bengoa, *El Uruguay en su primer Centenario (1830-1930)*, Madrid, Imprenta Católica, 1930, pág. 12. Esta obra se trata de un conjunto de tres folletos, que toman como base la obra de Capurro.

(48) La lista de obras que salen a propósito, al amparo o con la excusa del Centenario es copiosa y ameritaría por sí sola un relevamiento y análisis *ad hoc* que, creemos, aún no ha sido realizado. Además de las obras de Rojas, podrían mencionarse: Leopoldo Lugones, *Didáctica*, Buenos Aires, Otero y Compañía, 1910, el ya citado *Diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez, los álbumes del Centenario del Diario *La Nación*; la obra de Manuel Chueco, *La República Argentina en su primer Centenario*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910. Un análisis más sereno y muy revelador: Joaquín V. González, *El juicio del siglo*, que originariamente fue publicado, por entregas, en el diario *La Nación*, fechado el 25 de Mayo de 1910. Una edición más reciente es la de Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1979.

(49) Vicente Blasco Ibañez, *Argentina y sus grandezas*, Madrid, La Editora Española-Americana, 1910. El propósito explícito del libro "es que sea leído fuera de la República Argentina... [para que las naciones europeas adquieran] una visión exacta y perfecta de lo que son los pueblos jóvenes y progresivos de Sud-América, al frente de los cuales marcha el de Argentina", pág. 10. Una digresión: la obsesión por el juicio externo, por la imagen del "afuera", es un tema central para entender el clima del Centenario en Argentina, así como en Uruguay pero —diríamos— en un tono más acusadamente vanidoso. Podrían citarse varias crónicas al respecto (Clemenceau, Anatole France, etc.), pero Salas lo sintetiza acertadamente: "Un agresivo fervor patriótico, mezcla de orgullo y complejo de inferioridad, dejaba al descubierto antiguas inseguridades argentinas que se traducían en el deseo enfermizo de conocer la opinión que los extranjeros tenían sobre el país, tendencia que con los años tomaría el carácter de hábito nacional".

"Ya entonces los periodistas interrogaban sobre el tema a los recién llegados: Anatole France se molesta, '¡Espere un poco, caramba!'. ...Valle Inclán pide paciencia: 'Acabo de llegar. casi ni he visto nada, por lo que sé es una ciudad muy interesante y europea', se justifica. Y todos contentos. No hay duda: somos los mejores". Horacio Salas, *El Centenario. La Argentina en su hora más gloriosa*, Buenos Aires, Planeta, 1996, págs. 18 y 34.

(50) Idem, pág. 75.

(51) Este es otro núcleo de consideración, tanto en Argentina como en Uruguay, se resalta con insistencia la ausencia de raza negra. Por ejemplo: "La pequeña porción de raza etíopica introducida en el país... disminuye visiblemente hasta el punto de constituir un porcentaje insignificante..."; *El libro del Centenario...*, op. cit., pág. 43. Diferente, es la visión de Rojas quien en ese esfuerzo inclusivo hacia el pasado anota: "Los negros son hoy esporádicos en la República Argentina, por más que los hubo numerosos en la colonia, en la independencia y en las guerras civiles"; *Historia de la literatura...*, op. cit., pág. 89. "Su memoria, como su sangre se halla hoy desvanecida. Apenas si sobreviven... Alguna superstición... Alguna costumbre..., alguna palabra..., alguna danza (el tango) ...". "La Argentina, como

el Uruguay, que formó parte de ella, es uno de los países menos africanizados del continente ..."; idem, págs. 94-96.

(52) Idem, pág. 85.

(53) Ricardo Rojas, *Blasón de Plata...*, op. cit., pág. 94.

(54) Ricardo Rojas, *Historia...*, t. I, op. cit., "Los gauchescos", pág. 102.

(55) Ricardo Rojas, *Blasón de Plata*, op. cit., pág. 164.

(56) Dirá el escritor Luis Soto, en un homenaje a Rojas: "Ese desplante antieuropeo... carecía de eco incluso en pueblos hispanoamericanos de fuerte arraigo autóctono. Era un gesto de ardoroso idealismo indigenista sin raíces en la realidad histórica del indio contemporáneo. Lo más llamativo... era la procedencia argentina donde la densidad social y cultural indígenas apenas cuenta si se la compara con otros pueblos hermanos". Luis Emilio Soto, "Ricardo Rojas y la americanidad", pág. 322, en: *Revista Iberoamericana*, vol. XXIII, N° 46, julio-diciembre 1958, págs. 317-333. Por otra parte su telurismo asentado sobre bases hispanoindígenas abrirá una polémica con aquellos intelectuales que no podían ostentar los mismos "blasones", ni la prosapia del escritor tucumano-santiagueño y que —sin embargo— reivindicaban su pertenencia a una nacionalidad que —en la definición de Rojas— los excluía. Tal es el caso, por ejemplo, de José Ingenieros quien polemiza con Rojas en 1913 desde las páginas de la *Revista de América*: "Tu credo representa la aspiración de una vieja Argentina feudal que se extingue; mi nacionalismo, el de una nueva Argentina que se va europeizando. Tú pones tu ideal donde Belgrano; yo donde Sarmiento". Citado por Soto, op. cit., pág. 323.

(57) "Puebla el Uruguay la raza blanca, en su totalidad de origen europeo. La raza indígena... ya no existe... Mezclada su sangre con la de la raza conquistadora, tiende a perder los leves vestigios ancestrales que aún conserva, por el cruzamiento y la transfusión combinadas de la raza europea. *La pequeña porción de raza etíopica introducida en el país... disminuye visiblemente hasta el punto de constituir un porcentaje insignificante...*". *Libro del Centenario...*, op. cit., pág. 43. La cursiva es nuestra.

(58) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay y crítica de su literatura*, t. III, Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930, págs. 206-207.

(59) Ricardo Rojas, *Historia...*, op. cit., pág. 94.

(60) "En Buenos Aires hay civilización pero no cultura. Estos términos indican cosas desemejantes. La cultura poco tiene que ver con los cereales y los frigoríficos y deriva de necesidades espirituales y no materiales". Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Arnoldo Moen & Hno. Editorés, 1910, pág. 71.

(61) Vaya un ejemplo: "El alma nacional, refugiada en las provincias, se defiende desesperadamente contra el cosmopolitismo de Buenos Aires. De ello tal vez resulte este bien inapreciable: la salvación de la nacionalidad". Gálvez, op. cit., págs. 138-9.

(62) "Buenos Aires, a fuerza de *progresar* parece ya un transatlántico, mientras que Jujuy conserva la sociedad hispanoindígena, de suerte que hasta el país mismo se ha escindido espiritualmente con grave peligro para la nacionalidad"; en: Ricardo Rojas, *Eurindia. (Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas)*, Buenos Aires, Librería La Facultad, Juan Roldán y Cía., 1924, cap. XV, pág. 165.

(63) Los años veinte producen *Don Segundo Sombra*, otro gaucho, otro significado; el que queda definitivamente descartado es Moreira que es —para Gálvez— la representación de las tendencias agresivas, la afición a la guapeza; el "moreirismo" expresa "nuestro espíritu faccioso, nuestro culto al coraje y nuestra manía revolucionaria" (*Diario de Gabriel Quiroga*). Para Ingenieros es "un amoral congénito, es decir, un delincuente nato con las características impresas por el ambiente gaucho" (citado por Oscar Terán, *José Ingenieros. Antiimperialismo y Nación*, México, Siglo XXI, 1979, pág. 64).

(64) "No quiero ni progresismo ni criollismo en la acepción corriente de esas palabras. El primero es un someteros a ser casi norteamericanos o casi europeos, un tesorero ser casi otros; el segundo, que antes fue palabra de acción... hoy es palabra de nostalgia... No cabe gran fervor en ninguno de ellos y lo siento por el criollismo. Es verdad que de ensancharse el significado de esa voz... sería tal vez la más ajustada a mi empresa. Criollismo, pues, pero un criollismo que sea conversador del mundo y del yo, de Dios y de la muerte. A ver si alguien me ayuda a buscarlo". Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza*, Buenos

Aires, Seix Barral, 1993, pág. 14. (La primera edición es de 1926) Al respecto, véase el elogio de Borges a Silva Valdés en op. cit., págs. 96-97.

Por su parte Fernán Silva Valdés afirma: "Las palabras *nativo*, *nativismo*, andan en muchas bocas como antes andaban las de criollo, criollismo... Entiendo que el nativismo es el movimiento que puede definirse de este modo: el arte moderno que se nutre del paisaje, y tradición o espíritu nacional... y que trae consigo la superación estética y el agrandamiento geográfico del viejo criollismo... El criollismo es una cosa vieja, estática. El nativismo es una cosa nueva, en evolución". F. Silva Valdés, "Nativismo", en: *La Cruz del Sur*, año 3, Nº 18, julio-agosto 1927, pág. 4. Tomado de Hugo Verani, *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (Manifiestos, proclamas y otros escritos)*, México, FCE, 1986, págs. 277-279.

(65) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay...*; op. cit., págs. 207-209.

(66) Ricardo Rojas, *Historia...*; op. cit., t. I, "Los gauchescos"; págs. 104-105.

(67) Ibídem. Esta idea de "democracia bárbara", "anterior a toda doctrina", que aparece tímidamente a comienzos de siglo, tendrá muchísimo para decir en distintos períodos de la historia argentina, sobre todo a través de las recreaciones historiográficas del revisionismo histórico, de un fuerte contenido antiliberal (pues es el liberalismo y sus representaciones la doctrina a la que se refiere) y esencialista.

(68) Alberto Zum Felde, *Proceso histórico...*; op. cit., pág. 215.

(69) Idem, págs. 216-217.

(70) Recordemos que la frase de sentido común que aún hoy se utiliza en el lenguaje cotidiano para referir una actitud en la que alguien se "lava las manos", a lo Pilatos, nos referimos al "yo ...argentino", fue acuñada durante la denominada "Semana Trágica", en 1919, y era la fórmula con la que se pretendía evitar la represión policial.

(71) Es el caso de la visión decididamente xenófoba de Lugones, por ejemplo: "Abundan ya los hijos de extranjeros, sobre todo escritores y universitarios, que manifiestan menosprecio al país de nuestros mayores, rompiendo la vinculación histórica que constituye espiritualmente la Patria. Este verdadero prólogo de guerra civil, consume el fracaso del liberalismo". Leopoldo Lugones, *La grande Argentina*, Buenos Aires, Editorial Babel, 1930, pág. 128. "Esa misma liberalidad nos ha plagado de locos, baldados y delincuentes extranjeros cuya devoción a sus relativas precedencias constituye un caso urgente de salud pública... Para que se aprecie la gravedad del asunto, conviene saber que más del sesenta por ciento de los dementes recluidos en nuestros hospicios, está formado por extranjeros". L. Lugones, *La Patria Fuerte*, Buenos Aires, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1930, pág. 156.

(72) Ricardo Rojas, *Blasón...*; op. cit., págs. 151-152.

(73) Alberto Zum Felde, *Crítica...*; op. cit., pág. 224.

(74) Al respecto seguimos el análisis de Gerardo Caetano en "Notas para una revisión histórica sobre la 'cuestión nacional' en el Uruguay, en: Hugo Achugar (ed.), *Cultura(s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, Montevideo, LOGOS-FESUR, 1991, págs. 17-45. Asimismo: G. Caetano, J. Rilla, R. Pérez, "La partidocracia uruguaya", en: *Cuadernos del CLAEH*, Segunda serie, año 12, Nº 44, Montevideo, 1987/4; págs. 37-61.

(75) Alberto Zum Felde, *Proceso...*, op. cit., págs. 224-225. Queremos llamar la atención sobre la agudeza del análisis, aun cuando no oculte sus simpatías batllistas, de todo el capítulo VIII ("El país cosmopolita").

(76) Alberto Zum Felde, *Crítica...*, op. cit., pág. 12.

(77) Ricardo Rojas, *Eurindia...*, op. cit., cap. XLIII, pág. 176.

(78) Juan Zorrilla de San Martín, "La Argentinidad de Ricardo Rojas", en: *Detalles de la Historia Rioplatense*, Montevideo, Claudio García Editor, 1917, págs. 114-115.

(79) Susana Santos, "Apuntes acerca de las historias literarias nacionales", en: AA VV: *Nuevos territorios de la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana. Facultad de Filosofía y Letras, UBA/Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común de la UBA, 1997, págs. 243.

(80) Tomamos esta frase, casi en "espejo", del comentario de José Pedro Barrán de las "Jornadas Rioplatenses de Historia Comparada. Relaciones finales", en: *Cuadernos del CLAEH*, Segunda Serie, año 14, Nº 50, Montevideo, 1989/2, pág. 15.

(81) No nos extenderemos en esta cuestión que hemos tratado anteriormente en "Las tradiciones interpretativas de la nación en el Cono Sur: una disputa intelectual en los años veinte. Los casos de

Argentina y Perú". En: Amado Cervo y Wolfgang Döpcke (organizadores): *Relações Internacionais dos países americanos. Vertentes da História*, Brasília, Linha Grafica Editora Universidade de Brasília, 1994, págs. 25-43. "El pensamiento latinoamericano sobre la nación en la década de 1920", en: *Boletín del Congreso de la Nación*, Nueva época, N° 2, Buenos Aires, en prensa.

(82) Vayan como ejemplos bien disímiles a los casos que hemos tomado: Mariátegui aborda en sus *Siete Ensayos*, el problema de la literatura peruana. Bajo el título de "Proceso a la literatura" sienta las bases de una tradición de crítica literaria de gran vigencia en la cultura peruana. Otro tanto ocurre con Luis Alberto Sánchez, quien —en los mismos años veinte— comienza a codificar la literatura peruana estableciendo una diferencia entre "literatura peruana" y "del Perú" que también hará escuela. En México, y al calor del Centenario, en 1910, Pedro Henríquez Ureña, elabora una genealogía igualmente fundacional sobre las letras mexicanas, la *Antología del Centenario*, obra dirigida por Justo Sierra.

(83) Es que, a excepción del caso uruguayo (y no quiero reforzar el "mito de la excepcionalidad" pero tampoco puedo refutarlo) a modo de hipótesis, pensamos que los Centenarios fueron el "canto del cisne" del orden oligárquico y que parte de esa autoapoteosis optimista deja entrever cierta preocupación por algunos cambios sociales que comienzan a advertirse desde las elites políticas y culturales. Es, quizás, México, el caso más dramático y evidente. Los festejos del Centenario, fueron en septiembre (y la celebración de la efeméride de 1810 es, algo contradictoria pero elocuente de las liturgias patrióticas) y el levantamiento de Madero, pivote inicial de la Revolución es dos meses después 1910. Otro tanto ocurre en Argentina en la distancia que media entre la celebración del Centenario y la Ley Sáenz Peña. Otro tanto, y esto aun está en un terreno exploratorio, ocurre en Perú, sistema cerradamente oligárquico que si bien no se ve conmovido sí se ve impugnado fuertemente en 1923. Algo similar parece ocurrir en Brasil con la Semana de Arte Moderno en San Pablo y los posteriores levantamientos de los *tenentes*.

(84) Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1977, págs. 66-67.

(85) Innumerables ejemplos de los autores que hemos tratado podrían traerse a colación. Vaya uno como muestra: "El simple y solo hecho de haber nacido en determinado país no da nacionalidad literaria. Tal la define el arraigo espiritual del autor o la relación que los caracteres de su obra tengan con la vida de ese país. Una literatura nacional se compone no de todos los escritores que hayan nacido dentro de su territorio político, sino de todos los que han vivido o actuado de modo más o menos permanente en su medio, han escrito en su lengua y tienen los rasgos espirituales propios de la nacionalidad". Alberto Zum Felde, *Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930, t. III, págs. 178-179. Las itálicas son nuestras.

(86) Renaut, "Lógicas de la nación", en Delanno y Taguieff, *Teorías del nacionalismo*, op. cit., pág. 38.

(87) Al referirse a la poesía, por ejemplo, sostiene "Exceptuados algunos poetas mayores, toda esa producción es pura vacuidad, juglarismo y copiandina... Es una imitación pueril y superficial... El sentimentalismo llorón de los románticos, primero (enteramente imitado....); la exquisitez pervertida de los decadentes, después (enteramente postiza) han circulado como tóxicos... La falsa literatura es el opio de este continente"; *Crítica...*, pág. 318. Otra polémica bien expresiva de esa tensión entre lo particular y lo universal, y un intento por resolverla, es la del nativismo, antes mencionada.

(88) Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, FCE; México; 1989; págs. 216-217.

(89) "El tipo 'hombre de letras' —a la europea— ha sido el más raro de nuestra historia durante el siglo XIX; Acuña de Figueroa antes del 50; Zorrilla de San Martín hasta el 900. En el siglo actual, aumentó su número: Rodó, Vaz Ferreira, Herrera y Reissig, Sánchez, Reyles, Viana, han sido puramente, o ante todo, hombres de letras. En general puede decirse que, en la intelectualidad uruguayo —y en toda época— predominaba el tipo *cívico*". Alberto Zum Felde, *Proceso...*, op. cit., t. I, pág. 182.

(90) Incluso a la del sufragio universal, que apoyó en su momento, y aun más: a la representación estudiantil en las universidades durante su rectorado (y esto último estaba en el límite de permeabilidad de las ideas de los hombres de su generación, recordemos, por ejemplo, la oposición a la ley Sáenz Peña del "socialista" Ingenieros. Obviamente Lugones la desapruueba)

(91) Quizás se deba a su propia experiencia personal, pero son sintomáticas estas palabras de 1939: "A fuer de historiador objetivo de nuestras letras, tendría ahora que referirme a mi mismo, por haber ejercido la crítica que llamamos militante, durante una época —de 1920 a 1930— y haber luego procurado, en

mi obra titulada *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, historiar el desenvolvimiento general de la cultura y en especial de sus formas literarias... Sólo puedo decir —ya título de experiencia personal— que me retiré de su espinoso campo habiendo resistido... La terrible tormenta de hostilidad que los resentimientos literarios van cargando en torno a la cabeza de aquel que, en ambientes tan limitados como el nuestro, pretende ser veraz. He aprendido en carne propia, que la crítica literaria militante es, en nuestros países, el más duro e ingrato de los ministerios...". Alberto Zum Felde, *La literatura del Uruguay...*, op. cit., págs. 117-118.